

Una página para Vicente

Vicente Gerbasi es un nombre consagrado en la poesía venezolana de nuestro tiempo. Por su vida y por su obra. Por su dedicación y su constancia sin fatigas en la diaria exigencia de la creación. Pero, especialmente, por su condición humana que lo ha convertido en maestro de muchas jóvenes generaciones.

La trayectoria de Gerbasi -desde "Viernes" hasta nuestros días-es de una admirable y positiva afirmación en el tiempo, que parte de "Bosque Doliente" y "Vigilia del Náufrago", se demora en la exquisita manifestación lírica de "Liras", de clásico acento meridiano, se consolida en "Mi padre, el inmigrante" -su acierto inestimable en el ámbito telúrico de la realidad venezolana -y se hace claro remanso de íntimas esencias perdurables en "Los Espacios Cálidos". Esa ha sido -esa es -la vigencia y trascendencia de su poesía, que no ha pagado tributo al tiempo sino que se ha impuesto a él, para afirmar los valores permanentes de un verso, que nunca ha dejado de ser joven.

Por eso se justifica y se comprende que los 70

años del poeta hayan constituido una cerrada celebración nacional, con homenajes que dignifican y ennoblecen el sentido mágico de las palabras amistad, fervor y solidaridad.

El nombre de Vicente Gerbasi es repetido con cariño y respeto por todas las promociones literarias que en el país han seguido el trazo iluminado del "Grupo Viernes", que definitivamente rompió las amarras del pasado en la poesía contemporánea de Venezuela.

Su vida y su obra despiertan -y mantienen -una onda de irradiante simpatía intelectual como pocas veces se ha visto en la historia contemporánea de nuestras letras. Testimonio de ello es esta página plural donde concurren unos pocos de los muchos poetas que han hecho de Vicente Gerbasi el maestro por antonomasia de la moderna poesía nacional.

A ese testimonio, a esa cálida expresión de vida y verso, nos sumamos nosotros también con afecto y devoción.

Salud al gran poeta, amigo y compañero!

José Ramón Medina

Rumor

Todas las mañanas, lo sé, en el silencio azul de los bambúes, un pájaro canta para Vicente Gerbasi. Y el poeta, con sus sueños a cuesta, vuelve de la noche para festejar. Sus palabras, pulidas por la angustia y las secretas soledades, brillan a diario con música de torrente.

Para él, hijo de la tierra y del huracán, siempre habrá un dulce rumor

de afectos y regocijos. Un manojo de flores y un campo de trigo. En Canoabo, en los fríos lagos del norte, en la suave luz de Florencia, en las imprevisas orillas del Nilo, en una aldea de Calabria, comienza el día del poeta. "Por ti yo soy el hombre, el portador del fuego", dijo. Por él, hoy, somos más poetas, más cercanos al amor.

Miyó Vestrini



Ese niño Vicente en la colina

Las tejedoras de El Molino hicimos juntas una manta. Puntada por puntada, río por río. Para bordar con hilos de oro, la casa de una aldea con hilos de oro, y un niño en la colina, y un pájaro encantado, y una cometa de oro volando por el viento. Para su fiesta de cumpleaños, le dijimos.

El dos de junio se hizo verdad el Paraíso que él me había mostrado. Se llenaron de amor los tamarindos porque ya estaba allí. Con su traje de lino, y la manta bordada, y pavorreales vespertinos que nunca se salían de los encantamientos.

Hilvanamos encajes sobre las faldas de domingo, y echamos a correr camino arriba, para recibirlo. Porque traía traje de lino, y la manta bordada, y pavorreales vespertinos que nunca se salían de los encantamientos. Le regalamos cestas de claveles, y manojos con hojas de naranjo, y mandarinas del estío. Y unos lirios celestes, con centro de cocuyos, que sólo florecían en Cancabo.

Le regalamos bosques y diluvios que él había presidido. Todas las fiestas de los campos se iniciaron entonces. Yo repartí a los invitados migas de pan y miel. Y cantaron los pájaros mis alegrías, y la mañana se

encendió en colores que parecían de otros firmamentos.

Los leñadores acompasaron himnos en la voz de los árboles.

Las ancianas del pueblo, vestidas de violeta, se recogieron en el regocijo. El viento de occidente despejó horizontes.

Los hortelanos se vinieron de la orilla del mar.

Las lavanderas se adornaron con cintas estrenadas en la primavera, y las muchachas aguadoras —de cabellos revueltos y de brazos curtidos— le daban agua de sus cántaros, y se quitaban aros y zarcillos, para bailar desnudas frente a él.

El cielo entonces se partió en relámpagos. Se fragmentaron las estrellas en un acto de fe, y los jaguares internaron sus ojos, por los siglos de todas las cavernas, cuando finalizó la fiesta de cumpleaños.

Vimos después cómo el Poeta se alejaba. Por los anchos espacios extendidos. Las tejedoras y los nomeolvides le dijimos adiós. A ese niño Vicente que se quedó de frente en la colina. Y a la cometa de oro, que iba volando por el viento.

Mariela Arvelo



Poeta invulnerable

Para los nuevas generaciones de poetas, Vicente Gerbasi, la obra que ha ido lentamente conformando en sus quince libros, constituye una visión bastante difícil de ignorar, de olvidar. Aún aquellos que lo adversan (desde los famosos antiyernistas, sus contemporáneos, hasta los escritores más recientes) no podrán abandonar lo entre los poetas que el tiempo ha detenido, ha vulnerado.

Sin duda, Vicente Gerbasi, es una de las figuras más importantes de la poesía latinoamericana del presente siglo. Como ha sucedido con la mayoría de los creadores de nuestro mundo cultural, de limitado consumo interno, local, su obra ha tenido escasa, por no decir nula, divulgación en el exterior. A la altura de un Humberto Díaz Casamueva, Rosamel del Valle, de un Alvaro Mutis, de un César Moro, de un Oliverio Gironde,

para recordar sólo algunos de los poetas más firmes de nuestro tiempo (después de los grandes: Dario, Vallejo, Huidobro, Neruda, Ramos Sucre), Gerbasi, permanece injustamente desconocido fuera de los nuevos venezolanos

Con los materiales que le ofrece Canoabo, la aldea ya mítica, con los "materiales de sombra", como el poeta los define, ha fundado un país que se esfuma ante nosotros. El territorio, diezmado por los otros, regresa en la poesía de Gerbasi con el viejo esplendor, con el oro del Dorado, nuestro paraíso perdido.

"He aquí un propósito de alucinador: fundar un espacio de lumbreras, de escarabajos, de rostros, en el documento de los sentidos"

Perdurable voz que ahora cumple 70 años

Eli Galindo

Para inventar una comarca

Por fuerza de la edad yo iba al río y me demoraba largamente en un fiel vagabundo. Estaba dentro del agua hasta que la cordura, o el miedo que es algo semejante, me marcaba el tamaño del delito. Después corría con el corazón apurado presintiendo el castigo de mi falta en la mirada de mi padre. Me escondía en el último cuarto de la casa, sintiendo pasar las horas como un renegado en los límites de su ciudad. Con el sueño se disolvió todo.

Aparecía yo de nuevo como un valiente capitán montando un limpio y alto caballo. Los cascos de mi animal arrancaban chispas a las piedras de los cerros y desde lo alto protegía todas las antradas de mi casa. Cuando despertaba no sabía si era lo duro del suelo o la furia del galope lo que me hacía sentir adolorido.

Tiempos después, en los viejos estantes de una biblioteca ya perdida para siempre, di con un ejemplar de una antología de Vicente Gerbasi. Era un libro de tapas marrones, no recuerdo bien si con una lira o algo semejante grabado en la portada. Entonces fue descubrir en una tarde calurosa, textos como los de "Vigilia del Náufrago", "Poemas de la Noche y de la Tierra", "Mi padre, el inmigrante", y "Los Espacios Cálidos". Todo lo anterior para decir que de niños habitamos una comarca vivida o soñaba que años después sería vulgarmente vilipendiada por estultos profesores de literatura de un liceo asediado por el sopor de un fuerte clima.

Siempre pensé que Vicente Gerbasi estaría en otra parte, fumando y pensando en los rostros de sus antepasados de lejanas tierras. Más tarde comprendí que "Los Espacios Cálidos", eran ese vagabundeo de la infancia, un errar en tales sitios desde donde asistíamos a la construcción de un mundo, que cualquiera otra explicación que se me diera para entender a un poeta.

La noche que conocí a Vicente Ger-



basi estaba fumando y también recordaba a sus parientes. Estaba hablando de Canoabo con su voz ronca que parecía venir de muy atrás de la garganta; un cigarrillo sin filtro le tenía los dedos de la mano con la que hacía expresiones para acompañar sus conversaciones como buen descendiente de italianos.

Los demás fumábamos y bebíamos escuchándolo decir cosas que él trataba de confirmar en la memoria de sus amigos más cercanos. Supe de las escapadas del poeta al bar Don Luis en pantuflas y camiseta de pijama para eludir una terca vigilancia antialcohólica. De sus recuerdos del Golfo de Policastro en Italia la primera vez que visitó la tierra de sus antepasados. Del barco lento y humeante que lo llevó en ese largo viaje. De sus ojos todo atención cuando una linfa amiga le preguntaba algo. Así recuerdo un gran poeta de mi país.

Freddy S. Hernandez

Vicente Gerbasi

Descubrirse con la lectura de Vicente Gerbasi es como vivir por su flor soñando con viajar

Ancla el barco en Puerto Cabello carga los recuerdos y echa velas al mar

Vicente 1983

Lo leo, escucho su trémula voz recitándole a las estrellas al sueño a un encuentro donde hermosas mujeres sostienen floreros de oro y existe la hora del juego

Miguel Angel Bonafina

"No te importa la verdad, sino que sigues los vicios de los poetas"

Isócrates

Historia de la Cultura Griega

Jacob Burckhardt

En una de esas noches, en que el tiempo está detenido, nos encontramos alrededor de una larga mesa, María Lionza, El Tirano Aguirre, el poeta Vicente Gerbasi, y un mesonero blanco quien hacía las veces de cocinero y de anfitrión. El Tirano Aguirre "Con un fulgor de huesos, con barro entre los dientes, iba, buscando en la sombra a sus viejos soldados caídos en mesetas lunares del Caribe". La Reina María Lionza, quien había regresado de Canoabo montada en ramas de palmeras y llevando en las manos un gato negro con patas blancas y cola coloreada, le servía una copa de vino blanco italiano al poeta. El mesonero blanco preparaba en un horno antiguo a un joven cordero lechal. El poeta Gerbasi recitaba su poema SER.

"Nacemos para ver el comienzo y el fin.

Traemos el traje del prestidigitador con un sombrero de copa, de donde vuelan palomas blancas a ras del cementerio marino, cuyo silencio salobre está hecho para la eternidad".

Todos levantamos las copas de vino, y celebramos los 70 años del poeta.

Enrique Hernández D'Jesús

Homenaje

Cumplir años en este pobre diablo país hipotecado y saqueado desde 1958 es un hecho controversial o pura provocación cotidiana Cuando un político cumple año el pueblo se desgracia Cuando un poeta cumple con su deber la gente sencilla se manifiesta Vicente Gerbasi cumple setenta y de su burlada nube bajará y levantará casa sobre la tierra y cumplirá y siempre

Víctor Valera Mora